

## IDENTIFICACION DE LAS HARIMAGUADAS

La humanidad primitiva está tan distante de nosotros, separada por un espesor de siglos, que para comprenderla hemos tenido que recurrir al estudio de los pueblos salvajes contemporáneos, proyección fiel del pasado desaparecido. A la luz de estas investigaciones se han disipado muchas nieblas que venían ocultando, en la aurora de la vida social, los primeros pasos, balbucientes, del hombre, por el camino de la civilización.

En lo concerniente a nuestra historia regional resulta lógico que los cronistas de otros tiempos sólo percibieran de una manera superficial, epidérmica, los hechos que narran. Esto les hizo incurrir en errores de comprensión que, contrastados con nuestros conocimientos actuales, muestran un fondo inverosímil. Atribuir ideales caballerescos a los hombres de Tenerife, o equiparar las harimaguadas (mujeres recluidas) de Gran Canaria con las vestales de los templos paganos (1) y hasta con las monjas que en la soledad de los conventos se consagran al perpetuo servicio de su Dios, es inadmisiblemente. Dado lo rudimentario de la vida aborigen resulta obvio argumentar contra aquellas opiniones que colocan las costumbres indígenas fuera del marco propio a todos los pueblos de la Tierra que mantienen un nivel cultural equivalente. En el alma bárbara de los insulares debió reflejarse el mismo Universo pavoroso, poblado de arcanos y fuerzas ingentes, que sobrecoge el ánimo de todos los hombres sumidos en la ignorancia. La imaginación, excitada por el miedo, atribuye los fenómenos que no comprende a seres con virtudes sobrenaturales. El enigma que ocupa mayor volumen en el alma inculca de los hombres es el de su propio origen. El nacimiento de las criaturas, la creación de las vidas, son hechos que los primitivos atribuyen a seres animados o inanimados (el tótem), a los que confieren un poder mágico. Cada clan posee un tótem propio, generalmente animal, cuyo nombre adoptan (clan del zorro, de la liebre, del castor; o también del agua, viento, etc.). Toda la organización primitiva descansa sobre el tótem, toda la vida social gira a su alrededor.

Con el antecedente de esta idea básica, cuanta diafanidad muestran ciertas cos-

(1) "Estas doncellas eran a manera de monjas, o encerradas; las cuales desde niñas y tiernas en edad y costumbres las inclinaban a guardar aquella integridad y pureza de conciencia que la ley natural les enseñaba. Y esto fué muy antiguo en esta bien afortunada isla, la cual debieron tomar desde que la dominaban los romanos" (continúa larga disertación sobre la fundación del templo de Vesta). P. Sosa, Topografía, Libro III, Cap. II.

tumbres salvajes de aspecto arbitrario, chocantes y grotescas. El matriarcado aparece del todo consecuente con esta manera de pensar, porque la mujer, al engendrar en sus entrañas las criaturas, está en misteriosa relación con el tótem, inspira un supersticioso respeto y se le otorga especial consideración. Y todos los fenómenos propios de su sexo tienen un valor oculto y un carácter ritual. De aquí que en los trances de menstruación, embarazo y parto, adopte ciertas prescripciones, se conduzca de una manera especial, reglamentada.

Los partos en la soledad y los confinamientos en determinados períodos del embarazo es muy posible que se hallasen estatuidos entre los indígenas del Archipiélago. Insinuaciones sobre ello tenemos en crónicas, como la del P. Abreu Galindo, que al desmentirlo ("ni tampoco es cierto que a las mujeres preñadas metían en los templos, ni que después de paridas permanecieran apartadas de sus maridos") (2), pone en evidencia que tal versión circulaba, y rumores de esta naturaleza no pueden ser hijos caprichosos de la fantasía, dado el parentesco que guardan con la realidad etnológica.

Pero sobre la reclusión de "las menstruantes novicias" se consignan en algunos documentos históricos de Gran Canaria detalles tan precisos que nos permiten llegar a conclusiones sólidas.

La menstruación tiene en los pueblos influidos por el totemismo una importancia capital. Como a todos los fenómenos fisiológicos de la maternidad, con los que guarda íntima dependencia, le atribuye un origen misterioso. Al sobrevenir en la mujer los primeros síntomas de pubertad, se interpretan como el anuncio de que la intervención totémica ha comenzado. Entonces se procede a la reclusión de la joven núbil y se la hace permanecer aislada de los restantes miembros del clan, particularmente de los varones. Esta reserva se justifica porque para ellos es la sangre la poseedora de la virtud vital, la portadora del tótem (la vida se escapa con la sangre por las heridas). Y como el tótem, al igual que todas las divinidades primitivas infunde pavor en el alma de los adscritos a su culto, es natural que procuren la separación, el apartamiento de la mujer, en aquellos períodos que esparce las esencias totémicas contenidas en la sangre. Este peligro al contacto es la razón por la que, en principio, está vedadas para el hombre las relaciones sexuales con las mujeres de su propio clan, porque ellas son morada del tótem que les pertenece, mientras nada se opone a su trato con las de clanes diferentes (exogamia, explicación debida a Durkheim). La presencia del tótem se rehuye también, evitando los lugares donde se supone habita (lugares tabuados), lo que confirma aún más el temor que inspira.

Por eso, conforme al testimonio de viajeros e historiadores, que resultaría prolijo enumerar, en gran número de pueblos, poco evolucionados, se procede a la reclusión de las muchachas desde el momento en que aparecen en ellas los primeros síntomas de madurez sexual. No se intenta con ello mantenerlas aisladas simplemente, puesto que son sometidas a privaciones tan severas que evidencian una finalidad purgativa, una remisión dolorosa. Así, (3) según Pówer, en Nueva Irlanda (Norteamérica) se encierra a la muchacha en una especie de jaula de dos pisos. Se le reserva a ésta la parte superior, tan reducida que no puede ponerse en pie, debiendo permanecer sentada o acostada. Entre los Nutkas de la Columbia Británica las tienen durante ocho meses en un reducido aposento, separadas del resto de la familia. Allí tienen

(2) Libro II, Capt. III. Pág. 92 de la ed. en "Colección Islaña".

(3) Estos ejemplos están entresacados de la obra de Pablo Krischer "El enigma del matriarcado".

que ayunar y comer solas. Los Koljusches, del estrecho de Bering, las colocan de tres a seis meses en unas jaulas de seis a ocho pies de altura, provistas sólo de una tronera enrejada. Entre los esquimales, al sur de Jucow, permanecen cuarenta días con la cara contra la pared, la capucha calada y el cabello revuelto sobre los ojos. Los pasases, los tucunas del Amazonas, los collina y los manhe, las colocan colgadas en una hamaca, en la salida de humo situada en la parte superior de la choza. Solo pueden descender durante la noche y los días de menstruación han de someterse a riguroso ayuno.

Dado el concepto terrorífico que de la divinidad tiene el salvaje, no es de extrañar que consideren la presencia del tótem en una persona como un peligro, una ingerencia temible de espíritus y que les inspire aversión. De aquí que, además de apartarla, procuren purificarla, espantar los importunos visitantes. Y se recurre al sufrimiento. Este aspecto de las novicias está posiblemente relacionado con las pruebas que sufren los adolescentes antes de ser admitidos en el círculo de las personas adultas. Se trata de ceremonias donde se les extraen dientes, se les flagela, practican incisiones y tatuajes en la piel, etc. Sobre tales consagraciones se han formulado hipótesis, que omito, para no rebasar los límites que me he propuesto dar a este trabajo.

Los baños o abluciones y las prescripciones alimenticias que guardan las mujeres en este estado son medidas claramente purificadoras.

La alimentación de las novicias está rigidamente controlada, por manos femeninas en particular, que suministran los comestibles, restringiendo su cantidad y calidad. Entre los nutkas, además de los ayunos, les está vedado a las jóvenes los alimentos frescos, especialmente el salmón. Las ojibway no reciben ninguna clase de alimentos preparados, debiendo ayunar durante ocho días. Los suaheli, en el Africa oriental, llevan a las mujeres púberes a un gran edificio especial llamado Kumbi—obsérvese la semejanza con nuestras harimaguadas—; allí la joven ayuna durante veinticuatro horas. Después sus madres les llevan los alimentos.

En muchos casos encontramos la costumbre de que la mujer abandone su retiro para lavarse en el mar, río o lugar tenido por conveniente, según las características de la comarca. Así, en el Camboja, la mujer debe vivir en retiro—vivir en la sombra—desde unos días hasta un año, según su clase. Sólo hace trabajos domésticos durante ese tiempo y no sale de casa sino de noche para ir al baño en compañía de otras mujeres. En la casta de esclavos de los vedas, al sur de la India, después de concluir los días de aislamiento, la joven, a quien han casado desde niña, es conducida por el marido y la hermana de éste a un río, para bañarla. En algunas comarcas del interior de Africa la mujer núbil, que se interna en el bosque al sobrevenirle la primera menstruación, se baña en el río o laguna, a la intemperie, con tiempo riguroso.

Se trata, en síntesis, de costumbres cuyas características principales son: aislamiento o reclusión en espacios reducidos, apartamiento del hombre, prescripciones alimenticias y baños purificadores.

Todas estas características las reúnen las harimaguadas de Gran Canaria, conforme las fuentes históricas más fidedignas. Desde los más antiguos documentos sobre las costumbres aborígenes de dicha isla, como la "Crónica Anónima", publicada por el Instituto de Estudios Canarios, se hace referencia a las "casas de donzellas encerradas a manera de emparedamiento que hoy llamamos monjas (4), situadas en parajes "yerros y solitarios", según la expresión del P. Sosa. Tales construcciones,

denominadas cenobios en virtud de su presunto carácter monacal, se conservan aún más o menos deteriorados. Veamos la descripción que sobre el de la cuesta de Silva hace el antropólogo Verneau: "Se me ha enseñado lo explorado en uno de ellos situado a cierta altura sobre las vertientes escarpadas de una montaña. Sudoroso y rendido tomé una fotografía de su interior. Comprende este una multitud de nichos superpuestos, labrados artificialmente en la misma roca: unos de pequeñas dimensiones, otros constituyendo una especie de alcobas suficientes para acostarse una persona adulta".

La disposición y amplitud de tales aposentos no pueden resultar más elocuentes. Llevan estampados en su arquitectura el fin para que fueron destinados. Nada tienen de común, como se ha pretendido, con los alojamientos de las sacerdotisas o vestales de los cultos paganos. Estas ruinas, en su mutismo, proclaman que fueron santuario de un culto más primitivo y más ingenuo.

En cuanto a las peculiaridades de vida de esta comunidad, no son menos explícitos los escritores que recogen noticias sobre la vida de los primitivos canarios. En todos ellos encontramos alusión a los baños ocultos en la orilla del mar. La Crónica Anónima afirma que estas doncellas no salían de sus alojamientos sino "a pedir a Dios buenos temporales y a lavarse a la mar" (5). El P. Sosa describe un lugar visto por él destinado para el baño, apartado, solitario, libre de miradas importunas, admirándose de la moralidad y recato de las indígenas. Ruiz del Castillo, entre otros, dice: "tenían sólo libertad para salir a los baños del mar, acompañadas de otras—mujeres—de su calidad y familia, sin que hombre alguno pudiera hablarlas en el campo, ni pararse con ninguna, pena de vida" (6).

El mismo episodio de la captura de Luisa de Bethencourt, referido en la Crónica Anónima, prueba esta ausencia del hombre en los lugares destinados al baño, ya que los raptores no fueron hostilizados.

Por último, el P. Sosa nos habla de que "recibían para su sustento nuestras vírgenes canarias, ciertos frutos de la tierra a manera de diezmos que les daban los vecinos y los encerraban y guardaban en cuevas que tenían diputadas para irlos gastando por su razón y cuenta en todo su año" tenían de estas cosas grandísimo orden, y personas diputadas de estos religiosos que las administraban y hacían rectamente guardar en la forma ya dicha" (7). Con lo que viene a confirmarnos también la existencia de una reglamentación dietética, de índole similar a las ya mencionadas al hablar de otras novicias.

Pese a la ambigüedad de que adolece lo escrito sobre la vida autóctona del Archipiélago, no se pueden exigir mayor coincidencia de detalles. Ni siquiera la misma calidad sacerdotal que se les atribuye contradice afinidad con las "novicias menstruantes". Naturalmente que existen pormenores imposibles de aclarar en la actualidad. Según se desprende de algunos escritores, se tenía en cuenta la calidad y clase social de la mujer. También de algunos pueblos donde se practica la reclusión de las jóvenes se conoce esta modalidad (8). Y si todavía existiera algún escrúpulo para reconocer la verdadera naturaleza de tales vírgenes, no olvidaron consignar nuestros cronistas que su encierro no era perpetuo. Salían para casarse, afirman, "estaban las casas

(5) Idem.

(6) Castillo, Descripción..., ed. en "Col. Isleña".

(7) Topografía, Libro III, Capt. II.

(8) En el cambadge, por ej., como ya hemos citado, la mujer permanece en retiro más o menos tiempo según su clase.

© Del documento, sus autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2007

arriba dhas proueidias de donzellas q. apenas salia vna qdo. entraba otra" (9), cosa totalmente incompatible con la calidad de vestal.

¡ Con lo expuesto creemos queda claramente señalado el camino para dilucidar la auténtica significación de las harimaguadas, sobre las que tantas conjeturas falsas se habían escrito. En este, como en otros muchos puntos de la historia regional, el prurito de atribuir a la organización social de las tribus aborígenes una estructura parecida a las de las colectividades propiamente históricas, nos ha desviado de la verdad. El alma de los pueblos que apenas han rebasado los primeros peldaños de la cultura humana, no es igual a la nuestra. Ya hemos visto, por la somera exposición hecha del totemismo, que sus contenidos son otros, y su manera de ver y sentir la vida les coloca en un mundo, que con el nuestro apenas tiene nada de común.

Francisco PEREZ SAAVEDRA.



(9) Crónica Anónima. Cap. 22.